

Obra protegida por derechos de autor

COLECCIÓN PÚRPURA

RAFAEL PINEDO

❄️ Frío



LO DE
SALTO | DE
PÁGINA

Obra protegida por derechos de autor

Frío nos presenta una historia de supervivencia con pinceladas fantásticas, narrada en el estilo desnudo y preciso característico de Pinedo. La acción se ubica en un extraño convento situado en algún lugar de Argentina, en un tiempo indeterminado. Una especie de ola de frío de origen desconocido avanza desde el sur, precedida por columnas de refugiados que huyen de unas condiciones cada vez más inhóspitas. La protagonista de la historia es una monja que decidirá quedarse en el convento cuando todo el mundo parte, y que aprenderá a sobrevivir con las únicas criaturas que permanecen en el lugar pese al avance del frío: las ratas. Entre ellas y la protagonista comenzará a forjarse una relación de carácter religioso en la ésta adquirirá progresivamente los rasgos de una sacerdotisa con los roedores como únicos feligreses de este insólito culto. Con la edición de Frío, hasta ahora inédita, nos proponemos continuar la publicación de la original obra de Rafael Pinedo que iniciamos con la edición de Plop en 2007.

Rafael Pinedo

Frío

Rafael Pinedo, 2004

De esta edición: Editorial Salto de Página, 2011

Grado cero

Elvira Navarro

Rafael Pinedo quemó a los dieciocho años todo lo que había escrito. Aunque pueril y nada original, sería el primero de unos cuantos gestos que a mi juicio ilustran la honestidad de este autor de escasa y sobresaliente producción. Los libros prescinden de las biografías de quienes los escriben; sin embargo, tan cierto es eso como que la literatura contiene el retrato de su firmante, un retrato siempre trascendido. Cuando se rastrean las semillas del salto a la precaria inmortalidad de las letras, inevitablemente se construye un mito, y antes de echar pestes de la mistificación conviene recordar que la ficción se vale de mentiras para arañar verdades. En el caso de Pinedo, el arquetipo al que se reducen sus datos biográficos es rigurosamente artístico: se trata de un casi *Bartleby*, pues tras la postadolescente quema se pasó más de dos décadas sin escribir, o eso dicen las parcas biobibliografías que pueden encontrarse en la web. Mientras no escribía, se licenció en Ciencias Exactas y Naturales, y trabajó como informático y actor teatral. Cuenta el propio Pinedo en una entrevista^[1] que nunca dejó de leer ficción, y que retomó la escritura porque se apuntó a un taller literario para acompañar a un amigo. Tenía entonces cuarenta años, y le bastaron tres más para acabar un primer borrador de *Plop*, novela compuesta por pequeños relatos sobre los que el autor afirma^[2] que no son fruto de ninguna decisión deliberada, sino de una incapacidad: precisamente la de escribir novelas. Es un tópico que los buenos artistas hacen de la necesidad virtud. En Rafael Pinedo el tópico se cumple, y la parquedad estilística y estructural

se convierte en un ejemplo de economía. *Plop* obtuvo en 2002 el Primer Premio de Novela Casa de las Américas, lo que supuso un discreto reconocimiento. Editada en Argentina por la desaparecida editorial Interzona y en España por Salto de Página, *Plop* es la primera entrega de una trilogía sobre la destrucción de la cultura. Los siguientes títulos, *Subte* y el que aquí nos ocupa, *Frío*, no corrieron tanta suerte: al autor se le declaró un cáncer y murió en 2006, dejando ambas inéditas, y ello a pesar de que *Frío* quedó finalista del Premio Planeta-Argentina. Resulta escalofriante que (rayan tenido que pasar cinco años desde el fallecimiento de Rafael Pinedo para que esta novela vea la luz. Sin embargo, el casi *Bartleby* que fue el escritor bonaerense parece perseguirle después de muerto, habida cuenta de que, poseyendo una calidad indiscutible, no encuentra los amplificadores que hoy resultan necesarios para no perecer: reseñas en medios prestigiosos, fajas comerciales, escritor importante hablando del autor en su columna de los jueves y haciendo que el nombre corra de boca en boca. Pinedo no tuvo nada de eso, y cuando lo recomiendo, mi interlocutor suele responderme: «¿Quién?», sin hacer el amago de sacar su Moleskine.

Seguramente no es casual que un proyecto que tiene como tema la destrucción de la cultura surja en el contexto de la crisis argentina de 2001; ahora bien, y desde mi punto de vista, la coincidencia puede y debe obviarse en la medida en que los pivotes identitarios son uno de los objetivos de la guerra que Pinedo mantiene no contra la cultura, lo que sería absurdo, sino contra la tentación de dotarla de un sentido trascendente. No he leído *Subte*, y por tanto mi interpretación será forzosamente sesgada, aunque no errónea, pues es el propio autor quien ha manifestado a propósito de *Plop*, cuando todavía *Subte* y *Frío* no estaban escritas, que «la novela crea un mundo en el que, prácticamente, la única regla es la supervivencia. Como toda civilización, tiene sus tabúes y ritos. Pero en este caso son tan arbitrarios que desnudan lo absurdo de su existencia. Desde aquí puede definírsela (como les gusta a los editores) como

una "distopía", o sea, una utopía negativa^[3]». Pinedo es humilde, y cuando le preguntan si ha querido hacer un retrato de la sociedad de su tiempo, responde que «nada más lejos de mí que intentar pontificar, denunciar, desenmascarar, educar, dar algún mensaje. Éstos son algunos de mis fantasmas, y yo vivo en esta cruel y absurda realidad, por lo tanto algún punto de contacto debe haber. Y existirá alguien que los comparta, y más de dos que no^[4]». Esta declaración es coherente con el descreimiento en cualquier tipo de sentido que tenía Pinedo, y que se desprende de la lectura de *Plop* y *Frío*. En una entrevista para La Fundación online el autor cita, cuando se le pregunta por escritores de ciencia ficción que le hayan servido como referentes, a Mario Levrero, en concreto la novela *París*, que no se si puede meterse en el saco de la ciencia ficción, pero donde encontramos un escenario atemporal que quizá haya sido su modelo. También es coherente con la imposibilidad de dar sentido a la existencia el ramillete de relatos que conforman *Plop*, que transforman la continuidad en algo precario y dependiente del mero paso del tiempo (en *Frío*, en cambio, la estructura es ya la propia de una novela). En cuanto a la tesis fuerte de la trilogía, que es el absurdo de las convenciones, parece inevitable pensar en *El extranjero* de Albert Camus, paradigma de la literatura del absurdo, que tal vez no sea la fuente de la que bebe Pinedo, pero con la que tiene evidentes similitudes en cuanto al estilo. Ambos autores usan un lenguaje desadjetivado que resulta muy conveniente para sus fines, pues si el hombre no es más que la suma de una serie de ritos y tabúes cuyo reverso es el vacío, de qué sirve ser enfático. Pinedo, al igual que Camus, es un buen ejemplo de escritura objetual, si bien, y a diferencia del Nobel francés, en el plano del lenguaje no lleva tan lejos la ruptura con todo lo que provee de causalidad al discurso. Tanto en *Plop* como en *Frío* se mantienen los nexos causales, y además se narra en pretérito perfecto simple, es decir, en un tiempo cerrado, sin grietas.

Pido disculpas si al lector le parece que a mi lectura le

faltan los ejemplos: no quiero destripar las novelas. Toca ya, eso sí, centrarse en *Frío*, y como resulta muy difícil hablar sobre el texto sin contar la trama (escribo este prólogo ignorando qué desvelarán los editores en la contracubierta: tal vez, mis escrúpulos sean exagerados), voy a pedirles que se imaginen qué habría sido de ustedes si a los veinte años los hubiesen aislado de la sociedad a la manera en como en *Proyectos de pasado*, de la escritora rumana Ana Blandiana, abandonan a unos cuantos habitantes de un pueblo escogidos al azar en mitad de una llanura, con la salvedad de que no estarían, como en la *nouvelle* de Blandiana, acompañados, sino solos. Se supone que a esa edad somos personitas lo suficientemente codificadas como para que el aislamiento, que nos llevaría a la locura si se prolongara, no destruyera por completo nuestro disco duro. Al mismo tiempo, haber vivido apenas un par de décadas, y por tanto no haber completado nuestro desarrollo, haría que todos los impulsos que desconocemos, y a los que la sociedad se encarga de dirigir al otorgarles significados y funciones fijas, vagaran libres y adoptaran formas que nunca serían definitivas. Ergo: al peligro del aislamiento se sumaría el de una identidad que todavía no está armada. Añadamos a este cóctel el hecho de que en un contexto de supervivencia nos transformamos en puro cerebro reptil, es decir, en la parte de nosotros más primitiva y calculadora, a la que sólo le importa satisfacer sus necesidades alimenticias y sexuales. No es que en *Frío* ocurra exactamente eso, pues los recuerdos no se borran, ni tampoco las emociones (es más, aquí vamos a seguir las peripecias de un personaje cuyo sentir determina parte de la trama); sin embargo, sí encontramos una progresiva reptilización (permítanme el neologismo) en la que el cuerpo cobra un primerísimo plano: rodillas que se congelan al contacto con el suelo, la piel cubierta de vello, el recuerdo de unos pechos suaves, los genitales de los que copulan y creen que no están siendo vistos, las costras de roña. También la comida se torna relevante, y el lector va a saber de pájaros, de ratas, de conservas e incluso de un puma. Los ritos son necesarios para que

nos hagamos la ilusión de que somos humanos, y a lo largo de la novela asistimos a uno muy singular. Cabe asimismo destacar la manera retorcida en la que se respetan ciertos tabúes sexuales, una manera que sería más depravada que la amoral transgresión si no fuera porque en realidad la conciencia de lo que se está haciendo es tosca. Viene a este respecto bien recordar la descripción que Freud hacía del infante como un ser cuyos impulsos libidinosos se dirigen sin represión hacia cualquier objeto, razón por la cual lo calificaba como perverso polimorfo. Aunque el personaje de *Frío* no es un niño, la educación oscurantista que ha recibido ha hecho que ciertas regiones (las referidas sobre todo al sexo, aunque no sólo) permanezcan sin definir, y eso nos lleva a que pongamos en cuarentena nuestros juicios sobre sus patologías, pues al fin y al cabo la enfermedad moral sólo tiene sentido con relación a la ruptura de una norma previamente asumida. Más allá de que el coito consiste en introducir el pene en la vagina, y de que existe la masturbación, la noción y el alcance de lo sexual se desconoce, y en consecuencia la protagonista no siempre sabe lo que hace cuando se calienta. *Frío* es también una novela sobre la libertad, una libertad pequeña, en las antípodas de la obediente y grandiosa elección kantiana, pues, como ya hemos apuntado, cualquier cosa que huelga a trascendencia ha sido arrancada de las páginas de este libro. Con la libertad aquí sólo pueden tomarse determinaciones cuyo alcance es subjetivo en un sentido simple, meramente psicológico. Y aunque la sordidez lo impregna todo, el autor logra que miremos con simpatía las penurias de la protagonista. La materia de la que está hecho el libro puede, desde luego, poner en guardia a las mentes prejuiciosas y políticamente correctas, que tacharán de pasatiempo el pormenorizado retrato de la miseria que ofrece Pinedo; sin embargo, hay que ser muy zote para no ver el profundo pudor con el que el escritor argentino levanta ciertos velos.

Elvira Navarro (Huelva, 1978) es licenciada en Filosofía. En 2004 ganó el Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid, y entre 2005 y 2008 disfrutó de una beca de creación en la Residencia de Estudiantes. En 2007 apareció su primer libro, La ciudad en invierno (Caballo de Troya), que fue acogido calurosamente por la crítica y distinguido como Nuevo Talento Fnac. En 2009 publicó La ciudad feliz (Mondadori), que obtuvo el XXV Premio Jaén de Novela y el IV Premio Tormenta al mejor nuevo autor, y que resultó elegido por Culturas del diario Público como uno de los libros revelación del año. Fue incluida por la prestigiosa revista Grama en la lista de los 22 mejores narradores en lengua española menores de 35 años.

*Para mis hijos Sofía y Max, que algún día lo
leerán (espero)*

El horror es frío y malvado. (...) A menudo el hombre tiene lo que se merece, porque en tres mil años de memoria escrita y documentada no hemos aprendido nada.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

La toilette

—El frío duele —masculló.

Miró alrededor, apenas la nariz y los ojos fuera de las mantas. Por el ventanuco entraba algo de luz, que refractaba en la escarcha formada del lado de afuera.

Desde la cama podía ver sus ropas perfectamente ordenadas sobre las dos sillas; en la más cercana, al alcance de su mano, el traje de estar adentro, con la bufanda, los guantes con las puntas de los dedos cortadas, las medias de cuero con forro de piel, el pantalón de *matelassé*, los chanclos con frisa, la gorra con orejeras; en la otra el capote con capucha para salir al exterior, el pasamontañas, las botas de goma para la nieve, los mitones más gruesos. Más allá la cómoda con sus objetos de tocador, la salamandra, apagada, el calentador y la lámpara. Frente a su cama el altar con la cruz, sus santos y sus fotos. A la derecha su indicador de días, como le gustaba llamarlo.

Estaba orgullosa de ese calendario improvisado. Había probado muchas alternativas: nudos en un hilo no podía ser, ya que era un bien escaso; marcas en la pared o una madera le hadan sentir como un presidiario, y el papel debía usarlo para prender fuego.

Finalmente había armado, con una malla de alambre muy fino y ramas, una estructura donde iba marcando los días en un sector, los meses en otro, y por último los años en una fila abajo. Utilizó ramitas insertadas en el alambre para indicar cada uno, haciendo un bordado en la tela metálica.

Claro que cuando comenzó ya había perdido la noción de las fechas y el clima estaba tan cambiado que ya no le daba ninguna pauta para orientarse, pero decidió que no

debía de estar tan lejos de su cumpleaños, por lo que decidió empezar un once de noviembre, festejándose.

Hoy era domingo, día de *toilette*.

Antes de salir del pobre abrigo de la cama alcanzó la bufanda y se cubrió el cuello y la nariz. Luego se calzó los guantes de interior y tomó el tapado.

Salió rápido y se lo puso; sin perder un segundo se encimó otras medias sobre los dos pares de lana que usaba para dormir, y se enfundó en los pantalones. Sin tocar el piso se enfundó los chanclos, y del respaldo agarró el gorro y se lo atizó.

Recién entonces bajó de la cama. Su primera acción al levantarse fue colocar sobre el farol un trozo de carne para que se fuera descongelando cuando lo prendiera; luego la salamandra: buscó del rincón astillas, un bollo de papel y una pata de silla. Los acomodó con la pericia que da la práctica, y usó un solo fósforo para encender el papel y el farol. Se iluminó la habitación de techo ennegrecido por el hollín.

Tenía un minuto hasta que comenzara a generar calor; corrió a buscar la olla y la llenó con la nieve potable que tenía en una tinaja al lado de la puerta. La colocó sobre la salamandra.

Acercó la silla a la estufa, se sentó, se sacó el gorro de la cabeza y desanudó el rodete que retenía sus largos cabellos grises. Había olvidado su cepillo, y murmurando contra su torpeza se levantó a buscarlo. Luego volvió a sentarse, pegada al poco calor que comenzaba a generarse y, contando lentamente para marcar el ritmo, con la cabeza gacha, empezó a pasar el cepillo de la raíz a la punta.

Cuando llegó a cien se levantó y miró en la olla. Ya la nieve se había derretido; tomó el pedazo de carne todavía helado y comenzó a chuparlo.

¡Ay...! No poder darse diariamente la ducha tibia con esponja; ni un lavado completo inmersa totalmente en la tina, una vez a la semana, como hacía cuando era niña.

No tener luego que tapar el espejo para no avergonzarse con su imagen desnuda.

No estar más en las duchas del colegio de monjas cuando era una jovencita, con la camiseta de bañarse y las admoniciones si alguna no miraba hacia abajo.

Buscó en la cómoda la tela que usaba como esponja y comenzó el baño: lo mojó en el agua apenas descongelada, lo escurrió, desabrochó una parte de su abrigo y pasó el trapo con fuerza; luego repinó la operación tratando de recorrer todo su cuerpo, sin saltar ninguna parte por más impúdica que Riera. No se detuvo demasiado en las zonas íntimas.

La higiene ante todo.

La carne en su boca se iba ablandando y soleando jugo, permitiendo que la masticara de a poco.

Recordó, como todos los días, sus clases de Economía doméstica en las que enseñaba a las niñas todas las normas del buen comportamiento de una dama en su casa, inclusive en el baño.

Rememoró los consejos sobre frotarse con intensidad los hombros, los codos y rodillas, luego enjuagarse a fondo con agua tibia, secarse con vigor, con una toalla grande y limpia, y quedarse envueltas en ella durante quince minutos, sin vestirse, para tomar un baño de aire, como aconsejaba la Enciclopedia Femenina.

Suspiró; la realidad era otra, no era posible quitarse la ropa, no había tanta madera como para entibiar el ambiente. Tampoco tenía ya jabón como para desperdiciar, apenas le quedaban dos pastillas que debía racionar. Es cierto que sabía cómo fabricarlo, pero nunca contaría con la grasa suficiente: la que recuperaba servía como combustible y para cubrir la parte de su cara que quedaba al descubierto cuando tenía que salir al exterior; y ni hablar de la lejía.

Los pies siempre eran una parte difícil, ya que no había otra manera que desnudarlos, por eso siempre los dejaba para el final. Ese día decidió que quería darse el lujo de poner otro pedazo de madera en la salamandra; eligió un frente de cajón, porque una cosa es darse un gusto y otra